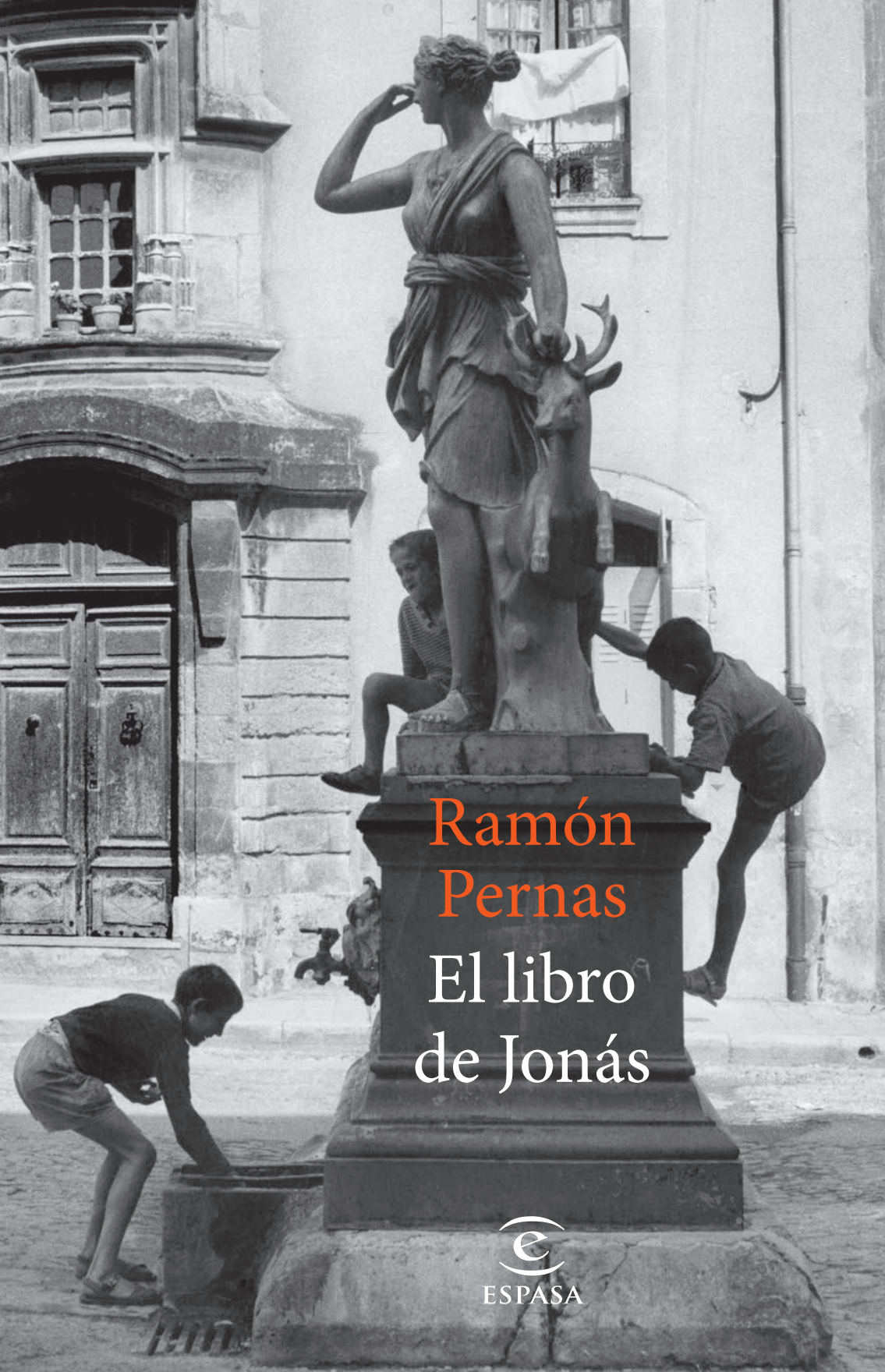

Ramón Pernas

El libro de Jonás

ESPASA

Ramón Pernas

El libro de Jonás

ESPASA NARRATIVA

© Ramón Pernas, 2017
© Espasa Libros S. L. U., 2017

Ilustración de cubierta: © Henri Cartier-Bresson/Magnum Photos
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 23.685-2016
ISBN: 978-84-670-4887-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

I

Tal día como hoy de hace cincuenta años, una varilla de paraguas lanzada como flecha desde un elemental, rudimentario e infantil arco con pretensiones de ballesta impactó de lleno contra el ojo derecho del niño Justo Pastor Blanco, de nueve años de edad, mientras jugaba a indios y vaqueros en la pequeña plaza del ábside, la que hay en la parte trasera de la iglesia de Santa María de Vilaponte.

Era un jueves soleado del primero de febrero, víspera de la fiesta de la Candelaria, que es cuando el invierno alcanza su mitad y descuenta las jornadas que restan hasta la primavera.

Las tardes de los jueves eran de recreo escolar y los muchachos concertaban entre pandillas rivales sus competiciones bélicas. Aquella tarde, la batalla reunió a una docena de indios frente a once vaqueros.

Al niño Justo Pastor Blanco le correspondió por sorteo ser vaquero. Ninguno de sus compañeros se quiso responsabilizar de la autoría del disparo de la varilla metálica de paraguas que se clavó en el ojo.

Todos vimos, no obstante, cómo, al intentar quitársela, arrancó el globo ocular vaciándolo de su cuenca. Todos nos sorprendimos al ver el ojo, que nos pa-

reció desmesurado y gigantesco cuando rodó por el suelo.

Entre cuatro lo llevamos al médico, a la consulta particular de un galeno que estaba en la calle Mayor. Parecía un Cristo yacente por la postura adoptada y la manera de transportarlo. Una pareja sostenía en alto sus dos piernas mientras el más fuerte de los amigos se ocupó de sujetarlo por las axilas con el auxilio de un ayudante.

Durante el trayecto hasta el consultorio médico no se quejó en ningún momento, se comportó como lo que era, un valiente, porque siempre había sido el más osado y aguerrido de todos nosotros, y su gallardía le impedía llorar; al fin y al cabo, solo era una herida en combate.

Al dejarlo sobre una camilla de la consulta, Justo Pastor Blanco nos animó a la vez que nos eximía de responsabilidad alguna en el accidente, pese a que más tarde seríamos interrogados por el jefe de los guardias municipales y amenazados con severas sanciones que nunca llegaron a concretarse.

En el momento de entrar en el dispensario llegó gritando la madre de Justo Pastor Blanco, que fue avisada por una de las primas del herido que jugaba al lado de donde ocurrió el nefasto accidente.

La madre nos dio un par de sonoras bofetadas a los primeros con los que se topó, que éramos nosotros, que a modo de escolta hacíamos guardia en la puerta de entrada al cuarto del consultorio en donde el médico ejercía sus labores clínicas.

El tiempo transcurrido desde el ingreso hasta que el doctor salió a la puerta para despejar al numeroso pú-

blico congregado, compuesto por la mayoría de chavales de nuestra edad y muchos padres y madres, nos pareció infinito. Desde luego, creímos que llevaba ingresado más de dos horas cuando apenas alcanzaba la media hora de estancia.

Salió por su propio pie con un parche, con un vendaje que le ocupaba media cara. La gasa y el esparadrapo eran escandalosos. Al abrir la puerta, los que estábamos esperando su salida comenzamos a aplaudir con entusiasmo mientras los adultos, que ya eran mayoría, nos mandaban callar. Llevaría caminado no más de cuatro pasos por el pasillo que lleva a la entrada, cuando Justo Pastor Blanco se desplomó cayendo al suelo desmayado.

Algunos creímos que se había muerto y a mí se me hizo un nudo en la garganta que preludió un llanto nervioso y contagioso, pues la mayoría de los intrépidos vaqueros y de los valerosos indios prorrumpimos en un llanto sordo poblado de jipíos.

Yo, como casi todos, también tenía nueve años. Me faltaba poco más de un mes para los diez.

Un par de semanas después volvió a Vilaponte Justo Pastor Blanco. Los quince días transcurridos desde el accidente en la plaza del ábside, estuvo ingresado en el hospital de la capital a causa de una hemorragia persistente provocada por la extracción violenta del globo ocular.

Sostenía que con un ojo solo veía mucho mejor que con los dos y que podía hacer encuadres como en las películas de los domingos; acuñó una frase que luego fue muy popular en el pueblo: «Veo de película».

A mí me confesó un secreto que no desvelé nunca, y ahora que ha pasado más de medio siglo me dispongo

a contarlo. Me aseguró que por la noche veía lo que nadie puede ver, que la nitidez de su visión era total, que podía evitar que la noche tapara la luz y que le contaba su ojo vago historias desconocidas que sucedieron tiempo atrás en este u otro pueblo.

Decía que después del desmayo en la consulta del médico estuvo más de veinticuatro horas muerto. En el hospital de la capital lo daban por fallecido hasta que resucitó justo cuando entraba el primero de los rayos de sol por la ventana del sanatorio para admiración del equipo clínico que lo atendía, y que aquella estancia en el más allá lo dotó de poderes extraordinarios que lo hacen que pueda conocer, que pueda mirar lo que nadie ve.

No sé muy bien cuándo comenzamos a llamarle Jonás y tengo que enterarme bien del porqué, que sin duda contaré más adelante.

Pronto se corrió su nuevo apelativo por todo el pueblo, solo su madre y sus tres hermanas continuaron llamándolo por su nombre, por su anterior nombre: Justo Pastor Blanco.

Sus hermanas no se parecían nada entre sí; se llevaban solo un año de edad. La mayor, de extraordinaria belleza, acababa de cumplir catorce años cuando se produjo el accidente que dejó tuerto a su hermano. Era rubia, del color de las espigas del trigo que compite con el sol en el mes de junio. Áurea era su nombre, ella decía su gracia, así era de redicha, cuando le preguntaban cómo se llamaba. Alta y espigada, semejaba ser de mayor edad acaso por un cierto retraimiento que le daba un misterioso halo de timidez que la transformaba en una muchacha que en las noches largas de los in-

viernos habitó con frecuencia nuestros sueños adolescentes.

Con el paso del tiempo se convirtió en una mujer rotunda, recuerdo sus pechos prominentes y el alboroto dorado de su cabello, y poco más. Pronto dejé de verla, y al preguntar por ella, alguien comentó que se casó con un guardia civil y se fue del pueblo para no volver.

Le seguía en edad una niña tremendamente bella, Argenta, rubia casi blanca, casi albina. Tenía la melancolía detenida en su mirada. Fue una lectora impenitente, una devoradora de libros. Yo estuve locamente enamorado de ella y todavía, con sesenta años, continúo enamorado de su recuerdo, enamorado de verla pasear en bicicleta por la carretera de los chopos, pedaleando como a cámara lenta una tarde del mes de mayo.

Es una foto fija que va y viene obsesiva para quedarse en el álbum de mi vida. Supe que era un amor imposible, por eso nunca dejé de amarla en silencio. Casi nunca hablé con ella, aunque las pocas veces que lo hice fui consciente de que nuestras miradas se entretenían jugando con la misma luz, que no resultaba ajena a ninguno de los dos.

Pasó unos años en la emigración. Vivió en la Suiza francófona trabajando en un taller de costura y fue acogida por unos tíos. Allí pudo leer en el idioma en que fueron escritos los libros de Flaubert y de Stendhal, y toda la obra de Proust que tanto a ella como a mí nos perturbó con esa insolencia literaria de buscar permanentemente el tiempo perdido.

Regresó de Suiza y se instaló en el pueblo dando clases de francés y piano. Ambas disciplinas las apren-

dió durante los aproximadamente tres lustros que vivió cerca de Ginebra. Cuando retornó al pueblo, se hizo taxista, oficio en el que trabajó hasta hace relativamente poco tiempo. Solo viajaba a los pueblos cercanos y no aceptaba más que viajeros vespertinos. Sigue siendo aún la única taxista que hubo en Vilaponte.

De los cuatro hermanos que han sido, ella quiso quedarse en el lugar donde nació. Sigue viviendo en la misma casa que habitaron sus padres, asomándose cada tarde a la misma galería, a idéntica hora, aguardando a que anochezca.

Cada vez que voy al pueblo, me instalo en el velador del café de la plaza, para ver cómo hace volar desde el mirador de su casa la vieja melancolía que todavía perdura en su mirada y que protege con unas gafas de lectora profesional.

Continuamos saludándonos cordialmente. No pasamos de la cortesía habitual de dos personas que se conocen desde niños. Sabe que todavía me ruborizo levemente al verla, y yo noto cómo se sonrojan sus pómulos cuando está frente a mí.

Ahora se ha convertido en el vínculo más sólido que conservo con el pueblo, es la cronista de mi pasado, Vilaponte es nuestra herencia común. Me agradaría mucho invitarla a tomar café todas las mañanas y pasear con ella todas las tardes en este largo periodo que voy a permanecer aquí hasta que llegue el otoño. No recuperaríamos ningún tiempo perdido, no podríamos plantear proyecto alguno en común, hablaríamos de libros y de los paisajes literarios que esconden en sus páginas, calibraríamos las palabras calladas que habitan los silencios y, a esa hora en que el sol se va y

llega la noche, le contaría lo muy enamorado que he estado de ella, elegiría el lugar exacto en el que la vi pedaleando en su bicicleta, y puede ser que me declare cincuenta años después con un te quiero que no dije entonces.

Estoy seguro de que nos besaríamos y que concluiría el paseo hasta el final del camino de los chopos con nuestras manos entrelazadas.

No hay ocasión en que, nada más llegar a Vilaponte, mis dos viejos amigos no me den cuenta y razón de la vida pautada, de las costumbres reiteradas, del día a día de Argenta, mi viejo y utópico amor.

La hermana pequeña de Justo Pastor Blanco era Cobre. Así llamada por capricho de su padrino, que vivió muchos años en Cuba y se hizo devoto de Nuestra Señora del Cobre que, al parecer, es la patrona de la isla antillana.

Cobre era, al menos así la recuerdo, libre e independiente, pelirroja de cabello y de tez pecosa. No podía llamarse de forma distinta. Fue mi colega hasta que dejó la adolescencia en su memoria de mujer. Compañera de juegos, se integraba en el grupo de los chicos y ejercía con mayor habilidad la parte lúdica de nuestra joven existencia, y aunque era casi dos años mayor que yo, año y medio o así, fue algún tiempo mi confidente, contándome sus pequeños secretos, sus sueños, que todos tenían el nombre de alguno de mis compinches, de mis camaradas de entonces, o diseñando el mapa sin fronteras de sus aspiraciones.

De los cuatro hermanos fue la única que estudió. Primero el bachillerato y luego medicina. Nada más terminar la carrera se especializó en oftalmología, qui-

zás impresionada por el misterio del ojo vacío, que era la expresión que usaba habitualmente, y se fue a trabajar a África Central como cooperante en una ONG. Mientras vivieron sus padres volvió ocasionalmente a Vilaponte. Hace ya muchos años que no viene. Su hermana Argenta aguarda a que llegue la ocasión en la que las dos esperen juntas sus últimos años antes de que visite la muerte la vieja casa del alto de la plaza.

Quizás por ello Argenta se asome cada día cuando anochece a la ventana de la galería para verla llegar. Ojalá, aunque yo creo que África se instaló para siempre en su corazón y nunca va a convertirse en recuerdo.

Justo se llama como se llamó su padre, Pastor es el nombre masculino de su madre, Pastora Velero. El único hijo varón fue bautizado con los nombres de padre y madre, y sus apellidos son Blanco Velero. Siempre le molestó mucho, desde el parvulario, que al pasar lista lo llamaran por sus dos apellidos. Vilaponte es un pueblo que se recuesta al borde de la mar que limita al norte, que limita al infinito con el horizonte, y es por esa raya de agua por donde cruzan en las mañanas luminosas los blancos veleros que viajan a Dios sabe dónde.

El hogar, la casa del cantón de arriba donde vivían, era grande y espacioso, casi una contradicción para la humilde vida familiar. Nunca se pasó hambre en aquella casa, pero bordearon la frontera de la necesidad. Pastora no cenaba muchas noches, para que pudieran hacerlo sus hijos. Las sardinas, siempre la mar, los *xurelos* y las fanecas surtían la despensa cotidiana ayuna de carnes, de pollos y ternera; solo el cerdo, icono

culinario del país del norte, nutría caldos y consomés, y así fueron creciendo los cuatro hermanos.

Poco, muy poco dinero entró en la casa del cantón de arriba. El padre era peón caminero y se autotitulaba agrimensor, pues entendía de lindes y partijas, de repartos de fincas y de herencias, medía como nadie las áreas y hectáreas que tantos litigios provocaban.

Tenía una especie de oficina en una suerte de garita a la entrada del pueblo donde se guardaban los aperos para limpiar cunetas y desbrozar malezas que iba repartiendo a una cuadrilla de jóvenes peones. Cuando caía la tarde y antes de que la noche oscureciera las propiedades rurales, el señor Justo realizaba a ojo de buen cubero las mediciones exactas de campos y ribazos. Tenía solo un vicio, pues no era dado al tabaco ni al alcohol, y consistía en leer el periódico del día anterior.

La lectura era entre las nueve y las diez de cada noche, ya fuese invierno o verano. Invariablemente. Y comenzaba por la última de las páginas, por la contraportada. Leía no en voz alta, sino en alta voz, más parecía que estuviera declamando y no leyendo.

Su mujer asistía atenta y ponía la segunda voz a la lectura con sus comentarios; eran muy célebres en el hogar de los Blanco Velero las opiniones de los crímenes y de los sucesos sangrientos que contaba el diario.

Pastora, para completar los exiguos ingresos de su marido, cosía pantalones para un sastre muy popular en toda la comarca. Nicanor Corbelle, que así se llamaba, era el único sastre ciego en el mundo conocido, incluso lo entrevistaron para *El Eco*, que era un semanario de la capital especializado en contar historias extraordinarias.

Su taller no tenía luz y el maestro cortaba y cosía con gran habilidad y destreza, pues había educado sus manos entre las telas y los paños, las guatas y las sedas.

Tomaba las medidas a sus clientes con la pericia de un cirujano, y su fama iba más allá de las comarcas fronterizas.

Era especialista en amortajar cadáveres con una maestría insólita de la que se jactaba. Los chavales del barrio hacíamos tertulia en el taller cuando el otoño venía lluvioso y el buen sastre nos relataba ceremonioso historias de ahogados y de aparecidos, que muchas de ellas han ocupado páginas enteras de mis novelas inéditas.

Yo que era, junto con Justo Pastor Blanco, el que más tiempo permanecía escuchándolo, gustaba mucho de que me hablara de la muerte.

Y a él le complacía recrearse en esos relatos que para mí que eran inventados, como cuando me dijo que la muerte no crecía como nosotros, que nace a la vez que venimos al mundo y duerme en nuestra cuna, se deleita con las nanas y con las canciones antiguas, aprende a hablar pronto y no sabe reír ni puede llorar. La muerte nos abandona al cumplir los siete años, a veces ocho, dependiendo de la cantidad de santos óleos con que signaron nuestra frente al bautizarnos. A esa edad es cuando deja nuestro cuerpo para algún día regresar.

A mí me daban miedo aquellos cuentos, pero insistía en que siguiera contándolos. Recuerdo que durante mucho tiempo, cuando veía caminar a un cojo, pensaba que era la muerte adulta, pues el sastre me había contado que poco antes de cumplir siete años, un niño de su misma calle, que también era la mía, enfermó de poliomielitis y se quedó con la pierna derecha parali-

zada; añadía que su equivalente mortal sufrió la misma enfermedad y que, a partir de ese momento, la muerte pareja del pequeño cojearía para siempre de la pierna derecha.

Eran historias increíbles que yo creía a pies juntillas. Dos o tres largos, infinitos inviernos, acudí casi todos los días al oscuro taller, para escuchar los relatos que el señor Nicanor, sin duda para impresionarnos, nos iba contando con su voz poderosa de tenor.

Aprendí a distinguir las sombras, a ver las siluetas que definían los contornos, mis ojos se acostumbraron a mirar lo que apenas se vislumbra. Acaso porque al fondo del obrador estaba permanentemente encendida una plancha de carbón a la que una brisa que se colaba en la estancia activaba un par de brasas de una enrojecida altivez que yo fantaseaba que no eran otra cosa que los ojos del diablo, que compensaban la ceguera del sastre Nicanor Corbelle. Estoy seguro, todavía hoy que han pasado tantos años, de que el infierno, el pequeño y cotidiano infierno que se ve desde los pueblos, había instalado su delegación en la sastrería de Vilaponte.

Siguió trabajando en su taller hasta que cumplió cien años. Aquel día, a las seis de la tarde, cuando comenzaba a anochecer, sacó un pequeño taburete a la puerta del obrador, se sentó y se dispuso a morir.

Nadie vio a la muerte cuando acudió en su búsqueda. No tengo que decir, por sabido, que la muerte es ciega, que nunca ha visto la luz, lo mismo que el señor Nicanor.

Nadie siguió con el negocio y hacía ya muchos años que Pastora, la madre de Justo Pastor Blanco, dejara de coser pantalones para la sastrería.

La tarde del fallecimiento de Nicanor Corbelle sentado en la puerta del taller, se apagaron de forma repentina los dos tizones de la plancha que hasta ese momento y durante muchos años habían estado encendidos noche y día.

La casa del alto de la plaza donde nació y vivió hasta su adolescencia Justo Pastor Blanco con sus padres y hermanas resultaba espaciosa, aunque descompensada. Una pieza central a modo de salón con una mesa gigantesca, que era donde Pastora cosía y, en las vísperas de Navidad, del Domingo de Ramos o del día grande de las fiestas patronales de la Virgen, planchaba y almidonaba faldas y camisas para las señoritas del pueblo, pues grande era la fama de fina planchadora de la madre de Justo Pastor Blanco.

En un extremo de la mesa, don Justo, agrimensor ocasional, depositaba media docena de grandes cuadernos donde estaba la crónica, las medidas exactas de las fincas y predios de varios kilómetros a la redonda, el catálogo popular de propiedades y herencias.

Junto a los cuadernos y perfectamente ordenadas descansaban treinta y pico ejemplares de la revista cubana *Bohemia* que, tras leer el periódico diario, repasaba, leía hasta que el sueño, que puntualmente llegaba a la hora en que la radio rompía el silencio para, una vez encendida, señalar que eran las diez de la noche y comenzaba el informativo que popularmente conocíamos en el pueblo como el parte.

Y así pasaban los meses y la vida de don Justo, metódico y disciplinado. La cocina era relativamente moderna, presidía la estancia un fogón de hierro alimentado con leña y que en el invierno calentaba toda la

casa con ese aroma arbóreo de incendio forestal. En la cocina comía y cenaba toda la familia. Se vivía en ese espacio, se realizaban las labores externas en la gran sala, donde, además de la mesa, una docena de sillas disparejas festoneaban la pared junto a un aparador y un sofá muy viejo; el matrimonio se acostaba en una coqueta alcoba junto a un armario ropero, que separaba o dividía una habitación mínima que era el cuarto que ocupaba Justo Pastor Blanco.

Las tres hermanas dormían en una habitación bastante espaciosa en la que un par de camas llenaban la mitad del espacio disponible. Argenta y Cobre compartían lecho.

En el balcón de la cocina que está en el lateral que da a la calle, un escusado era el váter comunal del piso segundo donde vivían los Blanco Velero. Una pila en la cocina hacía las veces de lavabo y lavadero. En aquella casa nunca hubo, por entonces, ducha ni bañera.

La galería de madera pintada de blanco con la gran cristalera dividida en cuarterones, el mirador acristalado que ocupaba casi todo el frente de la fachada trasera, era sin duda alguna la joya de la corona. Desde allí se observaba pasar la vida que iba creciendo en las personas que caminaban, que jugaban, paseaban o se detenían en la plaza Mayor desde cuando eran niños hasta que llegaban a ancianos. La galería de la casa de mi añorado amigo Justo Pastor Blanco eran los pulmones y el corazón que latía al compás de la vida que pasa reflejándose en los vidrios de las ventanas. Del pueblo nada les cuento porque es el mío y no resultaría imparcial lo narrado. Debo decir, no obstante, que Vilaponte se asienta indolente a los pies de una mon-

taña, que la mar dibuja su perfil urbano y que un puente con seis ojos vacía el río y la mar siguiendo el reloj universal, al dictado de las mareas.

Muy cerca del puente está el arenal, la playa, y antes de cruzarlo, un recoleto muelle comercial celebra el ir y venir de veleros y barcos de cabotaje que comparten los amarres y noráis con la flota de bajura que cada noche se hace a la mar.

Las calles de Vilaponte son estrechas y empinadas, pero tiene tres plazas solemnes. La Mayor, con una estatua de un hijo ilustre; la del medio, con una fuente en el centro; y la pequeña, un poco desordenada en su configuración. Las dos iglesias presiden gallardas la estructura urbana.

Fue un pueblo amurallado y todavía posee tres puertas como memoria de las piedras que ceñían su talle.

Mantengo con él una relación de amor estable y odio ocasional. Lo amo profundamente con una pasión tan desmesurada como enfermiza, amo los otoños decadentes y el húmedo y largo invierno; la luz transparente de la primavera, que pude cogerla para siempre y dejarla dormir en mi cabeza, y los días sin fin del verano con el circular sol tibio de los mediodías, y aquel aroma a canela y yodo, a sal marina y a tormenta primera que viajó conmigo a otros lugares que me alejaron del lugar en donde nací.

Amo los recuerdos que voy sujetando con alfileres en las paredes de la memoria, los afectos compartidos, los sucesos extraordinarios que viví cuando aún desplegaba entero el catálogo de los sueños por venir, y que acaso no llegaron nunca.

Los consejos escuchados, las noches febriles, el llanto y el dolor por los que ya no están y los paseos dominicales con mi padre, asido de su mano. Amo lo que he sido y lo que ha acontecido en el lugar en el que fui feliz.

Odio levemente lo mismo que amo, la soberbia de un pueblo presuntuoso y autocomplaciente que desprecia todo lo que ignora, satisfecho consigo mismo, cainita y en exceso presumido. Es una suerte de odio producto de un intenso amor que me obliga a una exigencia que me incomoda.

Cuando el tiempo pasa y estoy lejos, tengo necesidad de ir a su encuentro. Cuando permanezco más tiempo del aconsejable, tengo que dejarlo descansar, alejándome, tenemos que descansar el uno del otro para poder echarnos de menos.

Ahora estoy pasando una larga temporada en Vilaponte, todo el tiempo del mundo, al menos el que cabe en esta novela.

No logro recordar cuándo Justo Pastor Blanco se convirtió en Jonás, vagamente adivino la causa y el porqué, al menos diversos motivos que me valdrían para justificar el estreno de su nuevo nombre.

Nada más llegar del hospital y pese a recomendarle un sanador reposo que no cumplió, Justo Pastor Blanco apareció en mi casa de buena mañana para llevar a cabo una misión secreta. Eso dijo. Yo estaba acostado, era un sábado de febrero, creo que el último, pronto llegaría marzo.

Justo Pastor Blanco estaba nervioso, ahora con el paso del tiempo diría que excitado, eso era, estaba muy excitado. Mientras me duchaba, madre preparó

dos tazones de leche con cacao y cortó dos porciones de un bizcocho que por allí llaman, y no sé por qué, pénjamo.

Entretuvo a mi amigo interesándose por posibles y probables secuelas y, pasados diez minutos, me incorporé a la mesa. Los tazones con leche estaban humeantes.

Por aquel entonces vivíamos en la casa de la calle alta, un edificio de dos pisos que teníamos arrendado y que estaba adosado a un jardín misterioso e improbable, donde se detenía el tiempo y se mudaban los colores según la hora del día. Mi padre nunca fue partidario de tener propiedades para vivir.

Aquel edificio ya no existe, el jardín desapareció como por encanto y yo no tengo casa en el pueblo. Alquilé un apartamento por todo el año, frente al malecón, encima mismo de la mar, donde paso temporadas. Desde la ventana que da a la carretera de la costa veo como la noche sale de la mar y va dibujando una luna que ilumina con negritud las aguas remansadas que lamen el malecón.

Me urgió para que saliéramos, subimos por la ladera que se pierde en los caminos de la huerta grande, una finca comunal que se ubica en donde el pueblo se diluye, donde termina dejando atrás su paisaje urbano. Todavía no conocía el secreto misterioso por el que fui convocado. En el primer recodo del camino después de ascender la empinada cuesta de A Reviravolta, me detuve a contemplar el pueblo que se iba desperezando a nuestros pies.

Las casas descansaban unas junto a otras como si estuvieran, que lo estaban, vivas, con esa indolencia de

lo inmóvil, y la mañana era como una liviana manta que envolvía con ese sol helado del invierno, los fríos que aún quedaban de la noche.

La belleza de lo mínimo se detuvo en el viejo Vilaponte aquella mañana de sábado.

No aguanté más y pregunté a bocajarro el motivo de aquellas prisas, la clave del secreto anunciado. Y Justo Pastor Blanco sacó del bolsillo una pequeña caja de latón que antes guardó unas pastillas alemanas para combatir la tos, y abriéndola, como en un rito ceremonial, vi que contenía el globo ocular, el ojo que perdió cuando una varilla de paraguas a modo de flecha *sioux,* o lanzada por un indio dakota de guardarropa y fortuna, hizo diana en la mácula o en la córnea, que lo mismo da.

Lo recogió nada más rodar por el suelo. En realidad, nadie se preocupó en buscarlo la tarde del accidente, incluso yo creí que estaba en el consultorio médico, pero no. Pasó del bolsillo del pantalón a la caja de latón donde vació, al llegar del hospital de la capital, un par de copas de orujo para que el ojo no se estragase o pudriera.

Estábamos junto a la fuente de la luz, en la huerta grande, para enterrarlo cristianamente.

Incluso rezamos un padrenuestro después de cavar la pequeña fosa justo a una cuarta a la espalda del caño del que manaba una cristalina y muy apreciada agua. Medimos la distancia para no olvidar nunca el lugar donde se ocultaba el tesoro secreto.

Pasaron más de veinte años y una tarde de febrero volví a la huerta grande, busqué y encontré la fuente que ya estaba seca, del viejo caño no manaba agua,

pese a que el otoño, según me contaron, vino especialmente lluvioso aquel año. Mi sorpresa fue que, a una cuarta exacta de la parte de atrás de la fuente, un almendro estaba floreciendo con sus frutos encanecidos, que ponían una cabellera blanca a los verdes del norte.

Mi impresión fue tal que yo veía ojos que brotaban en las ramas del almendro como si hubiéramos sembrado el globo ocular de mi querido amigo Justo Pastor Blanco, el mismo al que luego llamamos Jonás, aunque no recuerdo por qué motivo le cambiamos el nombre.

Nadie supo nunca por mi boca o por la suya que enterramos junto a la fuente un ojo humano. Ambos prometimos no contarlo y es hoy cuando lo desvelo, aunque creo firmemente que no violo en estas líneas la promesa, el compromiso contraído.

Jonás siempre mantuvo que aquel ojo conservado en orujo estaba vivo y que miraba aunque no viera. Aquel globo ocular se mantenía despierto, pues para poder dormir o descansar es menester tener dos párpados que son como las cortinas opacas de la mirada.

Y tuvimos conversaciones en ese ocio compartido de las noches dialogadas, en las que fantaseábamos con los descubrimientos del intramundo que estaba realizando el ojo derecho de Jonás.

Descubrimientos que siempre concluían con el hallazgo de un torques de oro escondido cuando el pueblo celta fue sometido, o un arcón repleto de gemas y brillantes ocultado en lo alto de la montaña por un judío caminante, pariente rico del errante, o por qué no, enterrado en la playa tras un desembarco de piratas abordados en la mar por una goleta al servicio de su católica majestad.

Yo creo que algo de eso ocurrió y que después de tanto tiempo el ojo oculto vagó sin descanso por los caminos que se esconden debajo del manto de la tierra, que dejó la pequeña caja de latón y continúa viendo mundo, mirando sin ver las maravillas de los paisajes que protege, con el laberinto de caminos, otros mundos que están en este y donde se guardan las vigas de acero sobre las que se construyeron los vasos de la mar y el territorio de arriba, donde se asientan los pueblos y las ciudades del mapamundi tal como lo conocemos.

Volvimos al pueblo en silencio. Regresamos a mi casa guardando un duelo por el ojo perdido. Justo Pastor Blanco, como no podía leer pues le recomendaron evitar las lecturas por un periodo que comprendía cuatro semanas, me pidió que le leyera algo. En el reloj de la torre sonaban las doce del mediodía y una música mecánica anunciaba el ángelus. Tomé el libro que tenía sobre la mesilla. Era *La isla del tesoro*, de Stevenson, y en alta voz, declamando como había visto hacer a los actores de repertorio que instalaban en primavera la carpa de las comedias, leí un capítulo entero.

A la una bajamos a la calle; él tenía prisa, pues en su familia almorzaban justo a esa hora. Lo acompañé hasta la puerta de su casa, y al pasar frente a la torre del campanario, se detuvo sobresaltado. Se paró en seco y, poniendo su mano sobre el esparadrapo que tapaba el lugar donde antes estuvo el ojo, miró para lo alto y sentenció que estaba viendo una desgracia que ocurriría en ese lugar sin precisar cuándo.

Transcurridos dos días, un escalatorres francés, asiduo visitante de la comarca y buen conocedor de sus campanarios, ya algo mermado en sus facultades de

hombre araña, cayó desplomado desde lo alto, desde donde estaba la espadaña, y se mató al momento de caer y golpearse contra el suelo de piedra.

Al enterarnos, Justo Pastor Blanco me susurró que él ya lo había visto. No sé cómo pudo ser. Para mí que no fue el ojo enterrado, sino los poderes que adquirió Jonás al volver de la muerte los días que estuvo en coma en el hospital de la capital después del accidente ocular.

Aquellos meses, aquellos años, fui realmente feliz. Cada cosa ocupaba su sitio original, la vida iba creciendo conmigo y se comportaba amablemente, el mundo se desperezaba lentamente sin prisa alguna, cada día traía su afán y era distinto del anterior y del siguiente, la adolescencia nos sorprendía descubriendo la maravilla de vivir junto al placer inmenso de soñar con el tiempo que no había llegado. El pueblo era un paisaje envolvente, un territorio inexplorado, un cuadro a medio pintar donde la mar marcaba su hegemonía. Siempre sucedían cosas cotidianas que para nosotros resultaban extravagantes.

Una tarde descubríamos aparcado en el malecón un coche rojo propiedad de un forastero inesperado, y fantaseábamos con viajes improbables de pilotos desconocidos; un domingo estrenaban una película de tierras lejanas o de amores intensos que nos contagiaban encogiéndonos el corazón enamorado de una heroína que llenaba la pantalla y se quedaba a vivir con nosotros para siempre.

Soñar despierto era nuestro oficio de bachilleres que inaugurábamos la gran aventura del conocimiento que asentaría los pilares de los hombres que hemos sido.

Felices en el más amplio sentido de la palabra. Fueron los mejores años de nuestra vida.

Yo, que he sido hijo único mimado por parte de padre y consentido por parte de madre, gocé de un cariño sin disimulo de mis cuatro abuelos, pues todos vivían en el pueblo, y fue la muerte de mi abuelo, sorprendente e imprevista, la que franqueó las puertas del dolor cuando acababa de cumplir los quince años. Y fui consciente, en el preciso momento de su tránsito, de que a partir de aquel fallecimiento comenzaba para mí otra manera de vivir, que dejaba atrás los momentos de afecto e inconsciencia compartidos. La muerte nos visitó y todo sería, a partir de entonces, diferente.

La vida ponía un paréntesis que nadie deseó. Lo pasé muy mal con la desaparición de mi abuelo. Era una orfandad diferida, me sentía engañado por algo que nunca llegué a comprender, máxime porque su muerte no fue anunciada previamente. Falleció sin estar nunca enfermo, un óbito sin ayes. Se acostó como cada noche cuando sonaron las once campanadas en el viejo reloj de la sala. Ya no se despertó.

Resuena todavía en mi cabeza la voz de madre al llamarme cuando escuché un lastimero hilo de voz junto a mi cama que repetía como una jaculatoria: «*Neno,* levántate, murió el abuelo». Es como una frase que reitera un eco antiguo que va y viene posándose en la voz de mi querida madre.

A veces las palabras son mariposas negras de mal presagio. La noche en que murió mi abuelo, la pasé en una inquieta vigilia. Escuché los pasos de un ratón que corría, así al menos me parece ahora, nervioso, por el suelo del desván; escuché un chaparrón de frenética

lluvia que batía en mi ventana, oí como aullaba un perro a lo lejos con un tono que quise interpretar como lastimero, y cansado de dar vueltas y vueltas en la cama, sin entrar en calor, me dormí al alba pensando en mi abuelo.

La muerte, sin pedir permiso, vino a visitarnos y yo supe que a partir de entonces había entrado por derecho propio en el mundo de los mayores, de los adultos.

Me afiancé, me refugié en la familia como un escudo protector. Me invadió temporalmente una suerte de melancolía que más tenía que ver con un duelo que con una durísima sensación de tristeza que en muchas ocasiones desembocó en llanto.

Creía en la existencia de un orden lógico que se cumplió puntualmente. En un par de años, y siempre sin un episodio de larga enfermedad, se fueron yendo los mayores de la casa. Primero fue mi abuela viuda, que murió de soledad sin superar nunca el fallecimiento de su amado marido, de mi querido abuelo. Nunca más sonrió, se vistió de negro en un luto perpetuo y se dispuso a bien morir poquito a poco. Lo consiguió pronto. Me invitó a comer en su casa, cocinó mi plato favorito, una robaliza de la ría, una lubina que todavía saltaba en la olla antes de que hirviera el agua, cantó una canción que de pequeño traía el sueño a mi cuna y, tras servirse una copa de anís, que bebió de un solo trago, me hizo una confidencia que anunciaba su muerte.

Sin sobresaltarse y con una sorprendente serenidad, me dijo que pronto se iría con el abuelo, que la necesitaba allí donde estuviese, que él estaba impaciente y la llamaba cada noche.